



MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

DECENARIO AL ESPÍRITU SANTO (DÍA 10º)

<https://www.youtube.com/watch?v=GNxooiVmYWs>

(Transcripción aproximada del audio de Monseñor José Ignacio Munilla)

Antes de proceder, quiero resaltar una figura y además quiero encomendarme a ella e invitaros a que también vosotros hagáis lo mismo. Quiero hablar de una santa mujer, pobre, que pasó desapercibida ante la historia de la mayor parte del mundo y de la Iglesia; una mujer llamada **Francisca Javiera del Valle**, que vivió entre los años 1856 y 1930 en Carrión de los Condes (Palencia) Ella era una pobre costurera; trabajó la mayor parte de su vida como costurera de los jesuitas que tenían allí un monasterio cercano y fue una gran mística. No tenía facilidad ni de leer ni de escribir pero tenía una profunda intimidad con el Espíritu Santo. A ella le debemos el nacimiento del decenario al Espíritu Santo. El arzobispo de Sevilla que descubrió esa joya perdida mandó publicar el *decenario al Espíritu Santo escrito por Francisca Javiera el año 1932*. Ella está enterrada en el convento de las Carmelitas Descalzas de Carrión de los Condes. Yo tuve el honor de ser obispo de Palencia antes de ser obispo de San Sebastián. Ojalá el alma de esta mística, de esta mujer tan pobre y sencilla, enamorada del Espíritu Santo, interceda para que culminemos bien este decenario al Espíritu Santo.

Concluimos el comentario de la **secuencia de Pentecostés**, también llamado *himno de "Veni, Sancte Spiritus"* ("*Ven Espíritu Santo*") En la última estrofa que hoy comentamos dice:

"POR TU BONDAD Y TU GRACIA, DALE AL ESFUERZO SU MÉRITO, SALVA AL QUE BUSCA SALVARSE Y DANOS TU GOZO ETERNO".

"Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito". El término **mérito** designa, en el sentido general una retribución debida, por justicia, a una persona. Alguien ha hecho algo y por justicia merece ser retribuido; eso es el mérito. Pero eso es en las relaciones humanas. *En nuestra relación con Dios no tenemos ese mérito*. El hombre no tiene un derecho de exigirle a Dios. Imaginaros que uno diga: "yo he cumplido los mandamientos de la ley de Dios, tengo derecho a que Dios me pague por ello"... Sería como si un hijo le dijese a su padre (que a veces se lo dice): "papá, he aprobado el examen, tengo derecho a que tú me pagues por ello". Pero si eres tú el beneficiado de aprobar el examen, ¿cómo es que el padre tiene que retribuirte por haber aprobado? Pero si eres tú el que deberías retribuir a tu padre por permitirte estudiar... Algo parecido nos ocurre a nosotros en nuestra relación con Dios. Nosotros mérito, en el sentido de retribución por justicia, no tenemos ante Dios. Sin embargo, en otro sentido distinto, en un sentido de justicia humana, Dios ha dispuesto en su bondad infinita *asociar* libremente al hombre al mérito de su hijo Jesucristo. Y el mérito de Jesucristo, que Él claro que sí lo tiene, es compartido con nosotros. Por eso, cuando decimos que nosotros tenemos *méritos ante Dios, en realidad por nosotros mismos no los tenemos*; es que Dios nos ha permitido participar de los méritos de Jesucristo. El poder merecer la salvación es un regalo del Espíritu Santo. El poder merecerla requiere nuestro esfuerzo, sí, pero Dios corona nuestro esfuerzo con su mérito. Eso es lo que dice la secuencia: "dale al esfuerzo su mérito".

Yo me acuerdo de una anécdota infantil, seguramente compartida por muchos de vosotros: cuando íbamos a misa el domingo y nuestros padres nos daban una moneda para que, cuando se pasase la bolsa, nosotros echáramos la moneda en la bolsa, ¿de quién era el mérito? ¿era nuestro por haber echado esa moneda en la bolsa, o era de nuestro padre que nos había dado la moneda para que nosotros la echásemos? Algo así es nuestra relación con Dios por lo que al mérito se refiere. En el prefacio litúrgico de los santos se recoge una frase de San Agustín que dice: "*Señor, tú manifiestas tu gloria en la asamblea de los santos y, al coronar sus méritos, coronas tu propia obra*". Cuando Dios corona los méritos de los santos y reconoce el mérito que tienen, está coronando la propia obra de Dios, porque Dios les ha dado la gracia de poder merecer; igual que nuestro padre nos daba la moneda para que nosotros pudiésemos echarla en la bolsa.

Nosotros solemos pensar que los méritos son proporcionales al esfuerzo: cuanto más esfuerzo ha requerido algo, cuanto más me ha costado una cosa ...más mérito tiene. No es así ante Dios. *El valor del mérito está ligado sobre todo al amor*. Cuanto más amor, más mérito, porque es Dios el que te concede la gracia de tener ese amor y de tener también la fortaleza para poder vencer las dificultades.

"Salva al que busca salvarse", porque la salvación requiere de nosotros poner alma y corazón en ese empeño, pero al final es un regalo. Es verdad que es totalmente necesario nuestro sudor, nuestra sangre y nuestras lágrimas en esa tarea por la salvación, pero al final es un regalo de Dios.

"Y danos tu gozo eterno". Así concluye esta secuencia: "danos tu gozo eterno". Danos, Señor, la capacidad de gozar *de Dios*, de gozar *del misterio trinitario*, de gozar de la *de la vida* como un don de Dios ya en esta vida y en la visión beatífica eterna en el cielo.

Te invito a que te unas conmigo, por última vez, en este decenario al Espíritu Santo, con esta **secuencia de Pentecostés**, también llamado **himno de "Veni, Sancte Spiritus"** ("**Ven Espíritu Santo**") (Puede ser también, para los que no la sepáis de memoria, una gran oportunidad para aprenderla y hacer de ella una oración diaria):

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndido, luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro, mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento,

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito. Salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

Amén.